

AUDACES FORTUNA IUVAT. Virgilio, Eneida, X, 284.

Entre el 1 y 2 de abril, Ramiro y yo afrontamos otro duro desafío, otra prueba de resistencia extrema. LXVII millas romanas, esa era la tarea, 100 kilómetros.

En Mérida, en la histórica Augusta Emérita, la admirable ciudad fundada el 25 a. C. por Octavio Augusto con legionarios eméritos de las Guerras Cántabras, veteranos de la Legio V Alaudae y de la Legio X Gemina, a las 21 horas del viernes 1, con la novena campanada del reloj de la Plaza de España, se dio la salida a los 350 participantes en la prueba, la mayoría extremeños, pero con representación del resto de las provincias de España y del vecino Portugal. Otra noche más sin dormir, como dice nuestro Capitán.

La prueba transcurre por tres circuitos perfectamente balizados. El primero, el del río Guadiana, tiene 27,39 km y va por las orillas del río Guadiana, cruzando por el puente de Lusitania, obra del ingeniero Santiago Calatrava, y el viejo puente romano. Se termina el circuito en el polideportivo Diocles, de donde sale el siguiente, circuito 2, Proserpina, de 27,63 km una especie de circular, que pasa por el lago de Proserpina para volver al polideportivo Diocles atravesando las calles más representativas de Mérida. De Diocles, donde hay un servicio de guardarropa para poder cambiarnos y dejar prendas que nos han servido por la noche y coger otras más aptas para el día, se vuelve a salir para afrontar el tercer circuito, el de los pueblos, de 44,98 km que pasa por los pueblos de Mirandilla, San Pedro de Mérida y Trujillanos y finaliza en la Plaza de España de Mérida.

La organización de la prueba es excelente, los avituallamientos son muy completos, atendidos por personas de gran amabilidad, no falta de nada, sobre todo agua y puedes coger lo que necesites y más.

Pero son 100 km que hay que hacerlos paso a paso y al final se nota el tremendo cansancio. Bueno, no importa, son 100 km para vivirlos; hay momentos inolvidables que se recordarán siempre: atravesar en la noche el puente Lusitania sobre el río Guadiana, completamente iluminado, pasar junto al templo de Diana, la diosa protectora de los cazadores, de extraordinaria belleza, ver amanecer caminando entre los verdes campos de cereales, algo tan hermoso que casi te deja sin aliento y por fin, la satisfacción de llegar a la meta, al kilómetro 100 y recibir un miliario de

trofeo y la felicitación de los organizadores y los compañeros con los que has llegado hasta el final. Porque eso también es maravilloso: conocer a otros participantes que te animan a seguir pese al sufrimiento acumulado.

Al llegar por primera vez al Diocles, Ramiro iba con un fuerte dolor de estómago provocado por algo que le sentó mal. Ahí nos separamos. No obstante no abandonó (Ramiro desconoce esa palabra) sino que a pesar de esos dolores continuó la prueba y la terminó. Ya tiene dos miliarios. Dice que es la travesía de resistencia en la que más ha sufrido de las incontables que ha hecho. También yo lo pasé mal, sobre todo en los últimos kilómetros, que se hacen interminables, pero tuve la suerte de encontrarme con unos excelentes compañeros de camino, Manolo, su esposa y su cuñada, una chica llamada Montaña ¡Hermoso nombre para una mujer! Gracias a su compañía el trayecto se me hizo más corto y llegué casi sin darme cuenta a la tan ansiada meta. Mis felicitaciones a los organizadores, el Club Camino de la Plata, y a todos los participantes.

Sí, fue difícil el camino, pero como dice Virgilio "la Fortuna sonríe a los valientes".

Pedro Matías Delgado Delgado. Abril 2011.